

OFRENDA

ÁNGEL AROCA LARA
DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA

“Góngora ya la parte restituye
mortal al tiempo, ya la culta lira
en clausura final la voz incluye.
Ya muere y vive, que esta sacra pira
tan inmortal honor le constituye,
que nace fénix donde cisne expira”.

Son éstos, los tercetos del soneto con que Lope de Vega, enemigo y admirador de don Luis de Góngora y Argote, cantó la inmortalidad y la muerte del poeta cordobés, de la que hoy estamos conmemorando su XXXLXVIII aniversario.

Tocado por la Parca, el autor de *Las Soledades* dejó Madrid para tornar a Córdoba. Ya no estaba para el ajetreo y las intrigas de la Corte, sólo apetecía el reencuentro con sus orígenes: la charla sosegada con los amigos de la infancia, recordar devaneos juveniles junto al tronco reseco que arde en la chimenea, dormir, releer libros viejos en el frescor del patio, escuchar el rumor de la fuente, ver nevar los jazmines, oler la madreSelva, sentir la compañía de una salamanquesa –grande como el caimán de la Fuensanta, amiga inseparable de tantas otras noches de veranos añejos– que se acerca a la lámpara para buscar su cena.

Un 23 de mayo, era domingo de Pentecostés y los arriates de los patios de Córdoba, esponjados en las aguas purísimas que bajan de la sierra, estallaban de rosas, llegó la muerte a la casa que don Luis tenía arrendada de por vida al capellán Juan de Mora frente a la iglesia conventual de los trinitarios calzados. Entró sin llamar, como amiga a la que se espera, y lo abrazó. Mari Rodríguez, su fiel sirvienta, prorrumpió en llanto y se extendió la noticia por toda Córdoba, desde la Puerta de Sevilla a la de Baeza, desde el Campo de la Victoria al Marrubial. Corría el año de Cristo de 1627.

Al día siguiente, tras la vela y el duelo, sus vecinos, sus parientes ingratos, sus

amigos... acudieron a la collación de *Omnium Sanctorum* para conducir los despojos del poeta hasta la Catedral. Aquí —así lo hemos creído siempre y debemos seguir creyéndolo— fue enterrado en esta capilla de San Bartolomé, propia de los Argote, que al igual que los Góngora —su familia materna— fueron de los conquistadores de Córdoba.

La ingratitud de don Luis Saavedra y Góngora, su sobrino y heredero, que no se cuidó de poner epitafio en la tumba, hará que siempre alberguemos alguna duda sobre si los restos que encontró el Marqués de Cabriñana en 1858, tras remover las sepulturas de sus antepasados que aquí reposan, son realmente los de Góngora. Mas peor es aún que no se cuidara de preservar las obras en prosa que le legó don Luis, perdidas sin remedio a buen seguro.

A la Academia, siempre fiel a la memoria del poeta, nunca le han desasosegado las dudas sobre la autenticidad de los restos de Góngora. Tradicionalmente viene honrando este puñado de cenizas, por algún tiempo itinerante en su arqueta de plomo. Y recuerdo una Misa especialmente entrañable en la capilla del Obispo Salizanes. Junto al retablo de mármol de Cabra y bajo el gallardo San José de Mena, la urna funeral cubierta por un damasco rojo. Todos los académicos estábamos de este lado de la reja, codo con codo, rodeando el altar, sobrecogidos por la inmediatez de las cenizas y especialmente dispuestos a ofrecer aquella Eucaristía, casi como si la estuviéramos concelebrando, por el alma de don Luis. El tono íntimo y sentido de la homilía de don Miguel Castillejo Gorraiz, nuestro compañero en la Academia, contribuyó, sin duda, a aumentar la emoción en aquella mañana de un domingo de mayo de hace diez o doce años —no sé a ciencia cierta—, que estoy seguro habré de recordar ya de por vida.

Poco importa que sean o no de don Luis los restos que honramos como suyos. En cualquier caso, reposa aquí su polvo, junto al Betis, fundido ya con la tierra de Córdoba. La rosa inmarcesible de su ingenio —como él mismo cantara en la muerte a doña Guiomar de Sá— “Ya en nuevos campos una es hoy de aquellas/ flores que ilustra otra mejor aurora,/ cuyo caduco aljófár son estrellas”. A nosotros nos queda su fragancia.

Y es precisamente esta fragancia de sus versos impercederos, de su incuestionable condición de cordobés inmortal, la que aquí nos convoca cada año para rendirle corporativamente nuestro tributo de admiración y gratitud con estas flores —a Góngora claveles, que dijo Rubén Darío— nacidas de la tierra de Córdoba, de esta tierra fecunda de la que ya forma parte lo que hubo de mortal en el poeta.



Cordoba, 21 mayo 1995. Real Academia de Córdoba.

Celebración del Día de Góngora.

Capilla de San Bartolomé de la S.I. Catedral.

Urna con los restos mortales de D. Luis de Góngora y Argote.



*Córdoba, 21 mayo 1995. Real Academia de Córdoba.
 Celebración del Día de Góngora. Capilla de San Bartolomé de la S.I. Catedral.
 Misa concelebrada por D. Miguel Castillejo Gorraiz y D. Segundo Gutiérrez Domínguez.*



*Córdoba, 21 mayo 1995. Real Academia de Córdoba.
 Celebración del Día de Góngora.
 Acto académico en el Palacio de Viana (Salón de Tobías). Presidencia.*